



UNA
NUEVA
HISTORIA
DEL
MUNDO
CLÁSICO

TONY SPAWFORTH

«Un libro que devuelve el pasado a la vida.»
Peter Frankopan, autor de *El corazón del mundo*
y *Las nuevas rutas de la seda*



CRÍTICA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Mapas e ilustraciones

Agradecimientos

Prólogo. Lo salvaje y lo domesticado...

Primera parte - LOS GRIEGOS

1. Los albores de la civilización griega
2. El auge de los helenos
3. Novedades: las primeras ciudades-estado griegas
4. Tan rico como Creso: los primeros griegos y Oriente
5. Los grandes griegos: la colonización griega de Occidente
6. Los vecinos (de Occidente)
7. ¿El «señor de todos los hombres»? la amenaza de Persia
8. Iguales pero diferentes: Atenas y Esparta
9. ¿«Sufrimiento sin precedentes»? la guerra del Peloponeso
10. Vidas examinadas y «picos de oro»
11. «Un brillante rayo de luz»: Alejandro de Macedonia
12. Juego de tronos, o el mundo después de Alejandro

Segunda parte - LOS ROMANOS

13. «Senatus Populusque Romanus»
14. Tropas en pie de guerra: la construcción del Imperio romano
15. ¡Ave, César!: el advenimiento de los autócratas
16. «Fiera Roma, ¿cautiva?»: el señuelo de Grecia
17. ¿Qué hicieron los romanos por su imperio?
18. «Bárbaros» a la puerta
19. El «movimiento por Jesús»
20. Juntos resistimos: el último siglo
21. Divididos caemos: un relato de dos imperios

Epílogo

Cronología

Lecturas complementarias

Láminas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Esta historia del mundo clásico de Tony Spawforth, profesor de Historia antigua de la Universidad de Newcastle y figura destacada en el campo de la Historia y la Arqueología del mundo antiguo, nos ofrece una imagen realmente nueva de los pueblos y las culturas de los que ha surgido nuestra propia civilización. Una historia de Grecia y de Roma, y de su relación con los pueblos de su entorno, como persas y etruscos, que se aparta de las síntesis tradicionales y enriquece el relato con las aportaciones más recientes de la investigación arqueológica. Una visión, en suma, innovadora y sugerente que nos llevará a revisar lo que creíamos saber.

Tony Spawforth

Una nueva his- toria del mundo clásico



Traducción castellana de
Carme Castells

CRÍTICA
BARCELONA

Mapas e ilustraciones

MAPAS

1. Grecia y el mundo egeo
2. El Mediterráneo oriental y Oriente Próximo
3. Italia
4. Asia central
5. Occidente

ILUSTRACIONES

1. Vaso ateniense que representa a Deméter regalando la agricultura a la humanidad, c. 470 a. C. Marie-La Nguyen.
2. Molde de yeso de una estatua de mármol de Adriano. Reproducida con la autorización del Museo della Civiltà Romana, Roma. Foto: John Williams.
3. Fragmento de una pintura mural procedente de la excavación de un antiguo palacio egipcio en la moderna Tell el-Dab'a, c. 1473-1485 a. C. Colores restaurados digitalmente por Clairy Palyvou. © M. Bietak, N. Marinatos, C. Palyvou/obra gráfica M. Negrete-Martínez.
4. Jarra de vino ateniense, finales del 700 a. C. Museo Arqueológico Nacional, Atenas. Foto: Giannis Patrikianos. © Hellenic Ministry of Culture and Sports/Archaeological Receipts Fund.
5. Escena en una jarra de cerámica corintia, c. 640 a. C., que representa dos ejércitos griegos en combate. World History Archive/Alamy Stock Photo.

6. Los restos de la vía de transporte pavimentada que cruza el istmo, construida c. 600 a. C. Erin Babnik/Alamy Stock Photo.
7. Templo griego inacabado, Segesta, Sicilia. Alec/Dominio público.
8. La tumba de los leopardos en Tarquinia. Adam Eastland Art + Architecture/Alamy Stock Photo.
9. Retrato de Jerjes en su tumba en Naqš-i Rostam. Erich Schmidt/CCBY-SA-3.0.
10. Réplica moderna de un trirreme ateniense, El Pireo, Grecia. Templar52.
11. La oreja de Dioniso, cantera antigua. Sicilia. Laurel Lodged/CC-BYSA-3.0.
12. Imagen de dos actores en un vaso ateniense, c. 400 a. C., Nápoles, Museo Arqueológico. © agefotostock.
13. Extremo e inscripción de una lanza fundida en bronce, finales del 300 a. C. Newcastle upon Tyne, Shefton Collection 111. Foto: Andrew Agate.
14. Surtidor de piedra, principios del 100 a. C. Ai-Khanoum, Afganistán. © Livius.org.
15. Altar monumental en Pérgamo que representa a Ateenea luchando contra los gigantes, 197-158 a. C. Gryffindor/Dominio público.
16. «Tumba de Escipión Barbado», grabado de Giovanni Battista Piranesi, c. 1756. Giovanni Battista Piranesi/Dominio público.
17. Escena de un monumento que representa la victoria de Roma sobre los macedonios en el 168 a. C. © Bildarvich Foto Marburgo.
18. Estatua de mármol de Livia Drusila, Museo Arqueológico de Madrid. Adam Eastland Art + Architecture/Alamy Stock Photo.
19. Fragmento del mecanismo de Anticitera, Museo Arqueológico Nacional, Atenas. Foto: Giannis Patrikianos. © Hellenic Ministry of Culture and Sports/Archaeological Receipts Fund.

20. El teatro de la ciudad licia de Patara. Kamil Isik/Dominio público.
21. Una escultura de la cabeza de Pompeyo el Grande. Carole Raddato.
22. Una escena procedente de la columna de Marco Aurelio, Roma, c. 185 d. C. Barosaurus Lentus.
23. Las ruinas del anfiteatro romano de Lyon. Pymouss.
24. La cabeza de Constantino, procedente de una estatua colosal actualmente en el Museo Capitolino de Roma. BibleLand Pictures/Alamy Stock Photo.
25. Mausoleo de Gala Placidia. imageBROKER/Alamy Stock Photo.
26. Techo pintado en el castillo de Vaux-le-Vicomte, Francia, finales de la década de 1650. www.all-free-photos.com.
27. François Testory representando *Medea (Written in Rage)*, Londres, octubre de 2017. Cortesía de François Testory, Neil Bartlett y JeanRené Lamoine. Foto : Manuel Vason.

Agradecimientos

Por los diferentes tipos de ayuda y oportunidades de las que he disfrutado durante varios años mientras escribía este libro, debo dar las gracias a muchas personas e instituciones, entre las cuales se cuentan Carla Antonaccio, Josephine Balmer, Bob Barber, Richard Bidgood, Manfred Bietak, John Boardman, la British School de Atenas (el capítulo 11 se basa en mi investigación como profesor invitado en esa entidad en 2014), Hector y Elizabeth Catling, ya fallecidos; Erica Davies; Esther Eidinow; Nelson Fernandez; Anastasia Gadolou; David Gill; Heinrich Hall; Paul Halstead; Andrew Hobson; Simon Hornblower; Monica Hughes; Lucia Iacono; la Biblioteca Conjunta de las Societies for Hellenic and Roman Studies, de Londres, y su equipo; Peter Jones, Nota Karamaouna; Marie-Christine Keith; Stephanie y Nigel Kennell; Maria Lagogianni; Jona Lendering; Chris Mann; Chris Mee, ya fallecido; Michael Metcalfe; John Mole, también fallecido; Lyvia Morgan; Andrew Parkin; Derek Phillips; Chrysoula Saatsoglou-Paliadeli; Rowland Smith; Allaire Stallsmith; Ann Steiner; Lucrezia Ungaro; Manuel Vason; Rania Vassiliadou; Sally Waite; Susan Walker; Jennifer Webb y John Wilkes.

Debo un agradecimiento especial a Paul Cartledge no solo por las provechosas conversaciones que mantuvimos, sino también por su cuidadosa revisión de un primer manuscrito. También agradezco los acertados y minuciosos comentarios de los lectores anónimos de Yale, que he procurado incorporar. Más en general, estoy en deuda con los especialistas cuyos escritos e investigaciones se reflejan en

mi pensamiento y escritura. Son muchos, muchos más de los que aparecen mencionados por su nombre en las referencias que figuran al final de este libro.

Los defectos que puedan quedar, sean del tipo que sean, son responsabilidad mía.

Tuve la suerte de poder contrastar algunas ideas sobre cómo escribir el libro cuando actué como relator en viajes culturales organizados por la Cultural Travel Company, Martin Randall Travel, Peter Sommer Travels y la Asociación de Amigos del Reino Unido de la British School en Atenas. Agradezco a los asistentes a estas charlas su paciencia, su interés y sus observaciones, que fueron más valiosas de lo que a veces parecían pensar.

En Yale estoy en deuda con mis editores, Marika Lysandrou, cuyas sugerencias fueron muy útiles para mejorar la estructura del libro, y Rachael Lonsdale, que siguió todo el proceso hasta la publicación del mismo. Mi agradecimiento a Heather McCallum, que me invitó a escribirlo y me animó mientras lo redactaba.

Agradezco a Andrew Lownie su apoyo, moral y práctico. Por último, mi más profunda gratitud, como siempre, a Lee Stannard.

TONY SPAWFORTH
Enero de 2018

Prólogo

Lo salvaje y lo domesticado: concepciones antiguas de la civilización

Hace más de dos mil quinientos años, quizá a finales del siglo VIII a. C., un poeta relató unos acontecimientos que tuvieron lugar durante el asedio de la ciudad de Troya, que duró diez años. Este poema, la *Ilíada*, marcó el inicio de una de las principales y más antiguas tradiciones narrativas, cuya influencia se deja sentir hasta hoy. Así como el propio término «historia», esta tradición es un regalo que los antiguos griegos nos legaron.

Este libro ofrece al lector mi visión de la historia. Su ambición es proporcionar un relato accesible del enorme caudal de historia antigua que debe considerarse para apreciar no solo la remota sociedad que nos describió el poeta Homero y otras muchas cosas, sino también los últimos siglos de la Antigüedad, cuando una nueva y aparentemente imparable fuerza —los romanos— abrazaron y perpetuaron el legado cultural de la Grecia clásica.

Durante siglos, hasta bien entrada la era cristiana, los griegos antiguos, su forma de vida y sus tradiciones culturales se refugiaron tras los legionarios que custodiaban el Imperio romano. Gracias a los romanos, todo tipo de vestigios de la antigua cultura griega sobrevivió en el mundo medieval. Y algunos de ellos han llegado hasta nosotros.

Este libro cuenta una historia sobre una «civilización». A mi entender, más de dos milenios después, lo que más nos asombra de la Grecia y la Roma antiguas es su civiliza-

ción. Mi historia aborda la construcción de esa civilización, levantada por muchas manos y que, como todas las historias, tiene un principio.

Allá por el año 440 a. C., un artesano que trabajaba en las alfarerías de Atenas decoró una vasija con la imagen de un hombre serpiente. Expuesta ahora en un museo de Berlín, la vasija representa una figura barbuda que sostiene un cayado. Hasta aquí todo normal. Pero, debajo de la cintura, en vez de piernas tiene anillos como los de una serpiente. A este tipo de criatura sobrenatural los griegos la denominaron «dragón», o *drakōn*: de ahí «Draco» Malfoy, el archienemigo de Harry Potter en Slytherin.* Al decorar esta pieza, el pintor pensaba en un «dragón» concreto, y lo dejó claro añadiendo a la pintura, para quienes pudieran leer el alfabeto griego, el nombre de «Cecrops».

Los escritores antiguos denominaron Cecrops a un legendario rey de Atenas. En sus historias relataron que este rey civilizó a los ancestros de los antiguos atenienses mediante la invención del matrimonio, pues, según se decía, estos practicaban el amor libre. También les enseñó a escribir, a enterrar a los muertos y a construir ciudades. En agradecimiento por sus dones, los atenienses erigieron un altar en la Acrópolis a este rey serpiente. Aquí, a un tiro de piedra del Partenón, los descendientes de esos atenienses siguieron venerándole con ritos religiosos hasta los primeros siglos de la cristiandad.

Pero ese no fue el único rumbo que los griegos imaginaron que tomaría su viaje en el paso de la barbarie a la civilización. En ese mismo período, algunos griegos contaban una nueva historia radicalmente distinta. Un día de primavera, en el año 440 a. C. aproximadamente, una audiencia de hasta doce mil atenienses abarrotaba un edificio especial, hecho de madera, en las laderas de la Acrópolis. Fueron a disfrutar una nueva forma de arte, una forma que,

en una definición moderna, «repetía experiencias humanas con pequeños cambios»,¹ o, como decimos hoy, espectáculos, obras de teatro.

En un momento determinado la audiencia escuchó a un coro de intérpretes masculinos que representaban a ancianos que cantaban este verso: «Hay muchas cosas formidables, pero ninguna tan formidable como el hombre».² Aun traducida del griego antiguo, estas palabras del dramaturgo ateniense Sófocles parecen extraordinarias. En un mundo lleno de seres sobrehumanos, el autor, en esta frase, no concede ningún crédito a los poderes de los personajes legendarios ni a los dioses. Muy al contrario, para Sófocles la civilización es una creación humana. Como el coro relataría después, los humanos aprendieron por sí mismos a cazar y a pescar, a domesticar animales salvajes y a ponerles yugos para arar la tierra y cultivar cosechas; aprendieron a navegar por los mares, a comunicarse mediante la palabra, a construir casas, a vivir en comunidades y a protegerse al menos contra algunas enfermedades.

La idea griega de que el avance cultural del hombre desde sus inicios primitivos se logró exclusivamente por la capacidad humana puede sorprendernos por su modernidad. Dicha idea encauzó las nuevas y revolucionarias maneras de pensar sobre la naturaleza humana que surgieron en algunas partes del mundo griego en los siglos V y IV a. C.

Hoy recurrimos a los arqueólogos, junto con otros expertos en disciplinas cuyos nombres empiezan por el prefijo «paleo», para reconstruir los primeros pasos de la humanidad hacia la complejidad cultural. Los griegos antiguos no desarrollaron las herramientas, conceptuales o prácticas, para este tipo de investigación. Durante siglos vivieron con dos explicaciones esencialmente incompatibles de los orígenes culturales. Una hacía hincapié en la intervención sobrehumana, la otra en las capacidades innatas de la humanidad.

Entre los dones de Cecrops a los atenienses primitivos se contaban dos elementos comunes de lo que hoy entendemos por civilización: la vida en la ciudad y la escritura. Los griegos tenían una palabra para este estado: *hēmerotēs*, un término que suele traducirse como «civilización». El sentido básico es «masedumbre», estrechamente vinculado a los conceptos de conducta «moderada» o «humana». Para los griegos, lo contrario era «salvaje», de naturaleza bruta, también aplicable a los humanos. A diferencia de muchos de los habitantes de las ciudades actuales, los griegos antiguos vivían cerca de la naturaleza salvaje. Y no solo se trataba de, pongamos por caso, zorros urbanos y gaviotas. En el siglo III a. C. los leones seguían vagando por la Grecia septentrional.

En la ingeniosamente concebida planta superior del Museo de la Acrópolis, en el corazón de Atenas, los visitantes pueden dar la vuelta alrededor del Partenón o, mejor dicho, alrededor de una exposición de los restos de las figuras de mármol que un día adornaron el exterior del más logrado de los templos griegos antiguos, cuya construcción se inició en el 447 a. C. Ante esta exposición se adquiere una verdadera conciencia de lo que, en términos de esfuerzo y coste, se oculta tras los prolijos datos fundamentales del Partenón que aparecen en los libros de texto.

Una serie de placas esculpidas rodeaba el templo justo por debajo de la cubierta. Cada una de ellas medía, aproximadamente, 1,20 por 1,20 metros, con unas figuras talladas cuyo relieve podía superar los 25 centímetros de profundidad. Solo en el edificio original había 92 de estas placas — ¡92! — además del friso continuo de figuras esculpidas y grupos escultóricos plenamente rematados en ambos frontones.

Para el tema que debían ilustrar estas 92 placas, el comité de ciudadanos democráticos encargado del proyecto aprobó la elección de cuatro historias de carácter bélico y caótico, todas ellas situadas en la época legendaria griega.